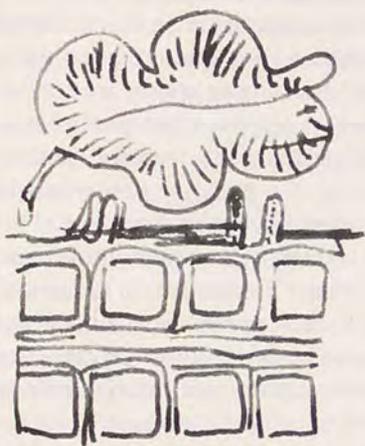


Algunas veces, en la redacción de ciertos párrafos, el lector tiene la impresión de la apresurada traducción de una frase escrita en otro idioma como cuando escribe en la página 64 que “[...] Leopoldo y su hijo *se arrancaron* del palacio del conde Pallavicini porque querían llegar a Roma lo más pronto posible [...]” ¿Se arrancaron?

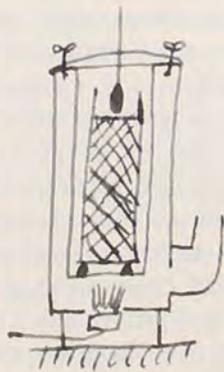


Aún más, en un libro como este resulta inoficioso reproducir detalles de la economía personal del músico, sus deudas y sus gastos, los cuales —según Carl Bär—, entre diciembre de 1785 y diciembre de 1791 ascendieron a 11.000 florines (vol. 1, pág. 152).

En su, al parecer, obsesiva inclinación hacia la obra de los compositores clásicos europeos, Pérez González se comporta como uno de aquellos adolescentes que en lugar de abrir los ojos sobre la problemática de su entorno, se escapa sin remordimiento alguno en el escenario sencillo y limitado de su colección de postales, de sellos de correo, de tiras cómicas o de DVD. Un mundo pequeño y feliz en el que la plenitud no es rota por ningún sonido extravagante; en el cual todo parece estar hecho, acabado y del que es válido entrar y salir sin contradicciones. De eso está hecho el clasicismo. Al fin y al cabo la música de Mozart ha logrado establecerse sin ninguna clase de resistencia en el gusto más bien simple de una actualidad socio-económica que es, por el contrario, compleja y hasta perturbadora. En ese contexto, los recién nacidos y

aun aquellos que se nutren en el vientre de la madre deben compartir el gusto por las armonías mozartianas, aunque recientes investigaciones afirman que los sonidos exteriores no alcanzan a llegar a la indefensa criatura. Sin contar las numerosas producciones discográficas —¡con DVD incluido!— que ofrecen al desprevenido consumidor los “éxitos” más recurrentes del genial compositor.

Al referirse a Brahms, el compositor Mauricio Kagel habla del mal empleo de la sensibilidad y, en seguida, se refiere al lenguaje a menudo patético y excesivo que ha ganado sin proponérselo el repertorio musical anterior al siglo xx. Cuando Darío Valencia escribe en la contracarátula que en la obra de Mozart “la humanidad encontrará siempre [...] un bálsamo para sus dolencias [...] y la esperanza de un mundo mejor para todos [...]”, hay allí una cierta agresividad en el carácter mesiánico de la frase que, por eso mismo, adquiere en consecuencia, un cierto matiz retardatario. El clasicismo musical y la superestructura en que se ha convertido, es el mejor garante de la tradición. Sin embargo, detrás de las acciones comúnmente admitidas se ocultan detalles, mientras otros se dejan al margen con su carga de pasión y reveladoras consecuencias. En ese sentido, el libro de Pérez González sobre Mozart es una excursión a través de un paisaje conocido.



En todo intento de restauración, afirma Kagel —así sea enciclopédica como es el caso de este libro—, la

pretensión de recuperar los ancestros se convierte en muchos casos en una forma de domesticar una cultura que se atomiza ante nuestros ojos². De esa situación no escapa, como es bien sabido, la sociedad antioqueña, en la cual un precario número de compositores de formación académica espera que una mano se ocupe de su obra con la paciencia, gusto y conocimiento con que el musicólogo paisa escucha el canto de sirena de Bach, Beethoven y Mozart. Las páginas de sus libros servirán como primera piedra para levantar su propio monumento.

CARLOS BARREIRO ORTIZ

1. “Es necesario añadir la sensación de tedio, de enajenación, que caracteriza a la repetición”. Traducción del autor.
2. Mauricio Kagel, “Du mauvais emploi de la sensibilité”, en *Contrechamps*, núm. 3, Lausana, septiembre de 1984, pág. 62.



La exitosa mediocridad

Parapapá. El manual perfecto para convertirse en un padre modelo
Jorge Maronna, Daniel Samper
Espasa Calpe, Bogotá, 2008, 165 págs.

Desde el punto de vista bibliográfico debe decirse que se trata de un volumen humorístico ilustrado, dirigido a los papás sobre la crianza de niños, con la particularidad de que se refiere sólo a los varoncitos. Las bebidas quedan excluidas, excepto para proponer nombres como Emerenciana, Fredesvinda, Monegunda y Restituta. En la portada lleva una cinta que lo recomienda como “El regalo ideal del padre”. Porque la obra no tiene otro propósito que el comercial, basado en el prestigio del nombre de los autores. Hacer el ridículo por dinero es profesión antigua y lucrativa ante auditorios de risa fácil, que se entretienen con cualquier pretexto. La vacuidad deliberada muestra la in-

tención de que pueda entrar en los hogares sin ofender. Se presenta como un libro cuadrumano para burlarse de los padres en su día. No es tomo de biblioteca, sino de aeropuerto, para manos tornadizas, propensas al entretenimiento pasajero. El humor debiera tener como divisa no ridiculizar a seres mortales.



Periodismo festivo intrascendente, se divide en 53 capítulos *craneados* con gancho publicitario como “La teta y usted”, “Sexo desenfrenado durante el embarazo”, “¿Cabe el sexo después del parto?”, “Niños y otros animales” (que recuerda el título de Julián Huxley *Mi familia y otros animales*) y demás temas, todos relacionados con la puericultura. El lenguaje parece más argentino que español, como lo muestran los siguientes ejemplos:

Página 16: “afirmaba de que en el sexto día, Dios [...]”

Página 32: “que no deben de ser muchas”.

Página 81: “Los periódicos informan de que el pequeño [...]”, etc.

De un país en conflicto social violento lo primero que huye es el humor. En Colombia no existe, para la actualidad de esta nota, un sólo humorista gráfico ni literario que amerite su nombradía. Sin embargo, el humor, con su capacidad corrosiva, podría ser eficaz para zaherir al bandidaje criminal de izquierdas y derechas que amenaza con destruir a la nación que lo soporta, y para diluir las amarguras en el sarcasmo que la conciencia pública podría

oponer a sus desgracias. Los dos disolventes universales son el agua y el humor. En cuanto al amor, que se suponía —cosas del siglo pasado— que era el que llenaba al mundo de bebés, mi médico dice que es bueno para el corazón, pero muy malo para la cabeza.

Aunque ocurre en todas las clases sociales, ningún capítulo previene contra el maltrato a los niños: entregarlos en manos de nodrizas y niñeras, dejarlos solos, cambiarles el padre, abandonarlos en Bienestar Familiar, dárselos al perro para que juegue con ellos. Los padres se divierten mucho con el llanto de los niños y por eso les pegan: para verlos llorar. Mientras más lloran, más les pegan. En un muro del barrio Santo Domingo Savio de Medellín, una asociación comunitaria advierte en grandes y piadosas letras: “No les pegue a los niños con rabia”.

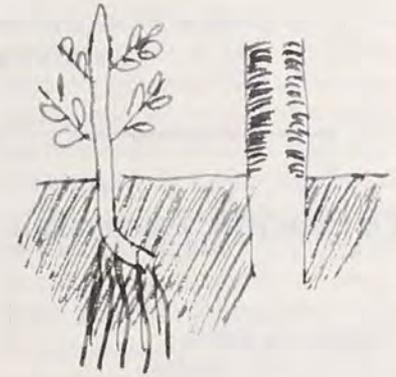
Hecho para infantes que tienen papás, el libro ignora a los que no lo tienen, que en la actualidad son la mayoría de la población desde que los papás pasaron de moda. Desconoce el trabajo de las madres en la crianza y sólo se refiere a los sufrimientos del papá. No resulta exagerado suponer que la publicación les habrá causado a los autores algún irónico reclamo de sus pacientes cónyuges. “De todas las artificiales creaciones de la sociedad humana (escribe Jacquetta Hawkes en la *Historia de la humanidad* de la Unesco), la idea de un padre perpetuamente amante y responsable de los hijos pequeños es probablemente la más alejada del instinto natural”.

Nadie tiene tanta prisa como aquél que se dispone a hacer el ridículo. No queda claro si los autores subestiman al lector, o por el contrario lo conocen muy bien. La principal deformación profesional del escritor es el exceso de confianza en sí mismo y en su firma. Una firma acreditada bien puede encubrir una estafa.

Las madres buscan en el hijo un muñeco vivo para jugar y entretenerse con él, y los padres una reproducción suya para darse importancia, hasta que crezca y empiece a estorbar en la casa. Por más que se hayan

desvelado mientras el bebé lloraba sin saberse por qué, en realidad la vida no merece agradecimiento alguno. El bebé lloraba asustado por haber nacido de repente, y para protestar a su manera por la sorpresa de sentirse un ser y presentir de algún modo que nada bueno le esperaba.

A ese bebé que tanto quieren, y del que después se arrepentirán, pronto empiezan a enseñarle todas las mentiras que conforman la sociedad, de las que le será muy difícil escapar por haber sido grabadas a golpes en un cerebro maleable, recién nacido para la infamia del mundo. Y esta es la misma razón por la cual se aprovechan de niños y jóvenes las ideologías, religiones, enemigos de la verdad y sectas de una u otra clase, en el afán de dominio de todos los poderes.



A los jóvenes les hace falta saber cómo era Colombia hace cincuenta años. Habría qué decírselo, si tuviésemos una verdadera cátedra de Historia. De todos modos se quejarían. Es propio de los jóvenes quejarse. No hacen más que quejarse. Y cuando a ellos les corresponde recibir el gobierno, nada hacen de lo que antes les parecía tan importante y urgente, cuando eran rebeldes y aspiraban a dirigir el mundo.

El libro termina cuando los críos llegan a la adolescencia (a los siete años, dice) y el desorden se apodera del hogar. “En el mundo occidental —escribe Henry Miller— el hogar es un campo de batalla en el que el marido pelea con la esposa, el hermano con la hermana, y los padres con los hijos. El alboroto sólo es aho-

gado por la radio, que se hace eco de la misma situación, sólo que en una escala mayor, más brutal, más perversa, más despreciable”.

Esa barahúnda refleja que el hombre es un ser desesperado, que en su cerebro se aloja un miedo cervical instintivo, consciente desde su nacimiento de la inutilidad de su vida frente a la indiferencia del universo. De ese vacío se hace eco la copla popular:

*Del momento en que nací
no tengo ningún recuerdo,
y tampoco lo tendré
del día que me haya muerto.*

No vale la pena aprender a leer para encontrarse con esta clase de libros encabezando la lista de las librerías entre los más vendidos de cada temporada.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR



Levitación y armonía

Cuadernos de música

Darío Jaramillo Agudelo
Editorial Pre-Textos,
Colección La cruz del sur,
Madrid, Buenos Aires, Valencia, 2008,
58 págs.

La escritura puede ser horizontal y, según las culturas, leída de derecha a izquierda (o viceversa). También la representación gráfica del habla puede ser vertical, como en el Oriente. Darío Jaramillo se propuso una tarea difícilísima con *Cuadernos de música*, que es un libro de corta extensión y en el que se despliegan —veremos después por qué digo esto—, en un pentagrama invisible, cuatro acercamientos de la palabra a la composición musical. El número no es gratuito: cuatro son los versos de la cuaderna vía del mester de los clérigos medievales; Gonzalo de Berceo fue el más piadoso, pero Juan

Ruiz resultó el más cordial con el flujo de sus pasiones. Cuatro son los poemas largos que T. S. Eliot maniató después de ese caos controlado que se llama *La tierra baldía* (1922).

No es la primera vez que el poeta paisa entra a tallar en los talleres (ya me estoy contagiando, se nota) de amigos artistas. *Del ojo a la lengua* (1995) es un conjunto de textos nacido de una correspondencia visual/verbal. Primero fueron las ilustraciones de Juan Antonio Roda para la reedición, en 1988, de *Poemas de amor*, de Darío Jaramillo Agudelo. Luego vino la respuesta de éste a los diez grabados que Roda le entregó como otra clase de desafío para un mismo diálogo. Había que *ilustrarlos* con palabras y Jaramillo intentó resolver el entripado de diversas formas: crónica de visitas a las obras, aforismos, descripciones de materiales, cuartetos de octosílabos que aprietan sus rimas a la par que desean recrear un instante *similar* entre la mano del pintor y la del poeta. En resumidas cuentas: una confesión por escrito de los insuperables callejones sin salida. El resultado no puede ser medido como un lenguaje diferente del que conoce el escritor, de la misma manera que la “interpretación” de Roda de los poemas de Jaramillo Agudelo no pasa —no podría pasar— por la invención de una manera distinta de expresarse. Echando mano de sus herramientas, no existe zapatero capaz de preparar un pastel de matrimonio. (¿Alguna pareja se atrevería a pedirselo?) Pero en las artes la tentación es tan poderosa como una etiqueta azul (nada menos) de *Juanito Caminante*. El impulso no mensurable que pone a los artistas ante sus medios de expresión, ¿puede desplegarse, con la misma maestría, en diversas direcciones? Miguel Ángel escribía sonetos, pintaba, esculpía. Federico García Lorca dibujaba con estilo inconfundible. ¿verdad?, pero la fuerza que se despliega en una forma específica no siempre es la que vale para otra. Rafael Alberti dejó la pintura y se aplicó al arte de la poesía, aunque sus palomas —sólo esas aladas— perduraron en él. La

situación inversa es fascinante: los poemas de Picasso y de Buñuel, por ejemplo, ¿no son despliegues, en cuanto palabras, del mundo estético en que —el arte figurativo y la vanguardia extrema, para Picasso; el surrealismo, para don Luis— han destacado? De allí que los diarios y libros de pintores, desde Kandinsky a Paul Klee, ejerzan un atractivo y en no pocos casos sean libros fabulosos y de compañía obligada. Volvamos al carril.

En *Cuadernos de música*, el desafío de la expresión ha sido mayor y para comprenderlo hemos de volver a ese primer callejón en que Darío Jaramillo se encontraba por obra y gracia de los diez grabados de Juan Antonio Roda¹. Cuatro son las secciones del nuevo libro y, por curioso que parezca, este número tenía una aparición sutil en *Del ojo a la lengua*:



Me despido de Roda y de María. Regreso de Las Cuatro Estaciones —así se llama el restaurante en una simultaneidad imposible— hasta mi oficina: casi cien cuadras... [pág. XV]

¿Qué hacer? Estamos en abril de 1994 y la preocupación y los experimentos no han cesado desde aquel día de San Juan en las cuatro estaciones simultáneas en que pasé del calor estival del afecto de Juan Antonio y María al frío de no saber qué escribir para ilustrar los grabados de Roda. [pág. XXIV]

Una imagen. Esos laberintos de líneas rectas y ángulos rectos que uno podía inventarse en las pági-